

"La Nación", Buenos Aires
7 marzo o abril, 1907

2-173

2-101

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo I



EL PROBLEMA RELIGIOSO EN EL JAPÓN

(PARA LA NACIÓN)

SALAMANCA, marzo de 1907.

Los habituales lectores de LA NACIÓN conocen bien al Sr. Gómez Carrillo, por haberse muchas veces deleitado con sus crónicas ágiles y amenas en que se nos da instrucción sin esfuerzo, y bajo el agrado, enseñanzas sugerentes. Y conocen también sin duda sus libros sobre el Japón, «De Marsella á Tokio» y «El Alma Japonesa», que acaba de publicar. A propósito de este último, quiero decirles algo.

El Japón no ha logrado interesarme del todo ni me ha deslumbrado, como á tantos europeos, su triunfo guerrero sobre la podrida Rusia. Cuanto más leo acerca del imperio del Sol Naciente, menos claro veo en ello y se me antoja que muchas de esas excelencias que acerca de él se nos encarecen, están más en los ojos de los que miran que no en lo mirado y visto.

Debo declarar que así como cuanto sobre el Japón han escrito europeos ó americanos—ingleses, franceses, italianos, alemanes, yanquis, etc.—me parece en general interesante, sugerente y curioso, cuanto referente al Japón mismo he leído de japoneses lo encuentro insignificante, cuando no pueril. Me hace el efecto de temas para obtener un premio escritos por chicos aplicados, que se saben muy bien sus asignaturas, pero que carecen todavía de toda genialidad y de toda personalidad mental. Yo no digo que allá no haya Aquiles, pero Homeros no conozco ninguno. Sabrán, sin duda, llevar á cabo hazañas, pero hasta hoy no saben contárnosla. Me resulta, además, bastante ridícula esa falsa modestia que oculta un jactancioso envanecimiento colectivo, que se les sale por todas partes.

Tal vez si yo fuese allá y les viera obrar y conducirse en vez de oír lo que de sus obras y su conducta dicen otros y aun ellos mismos, cambiaría de opinión. Conozco gentes que han estado en el Japón y desean volver á él, y entre las referencias de testigo directo más interesantes que he oído, son las que nos dió el muy simpático y culto oficial de la marina argentina, Sr. Domecq, en la mesa del señor Gache, cónsul general de esa nación en Barcelona y uno de aquellos con cuya amistad más me honro.

Percival Lowell, á quien el Sr. Gómez Carrillo cita en su obra «El Alma Japonesa», diciendo de él que es el filósofo que más hondamente la ha sondado, dice que el pueblo japonés es el más impersonal, el menos subjetivo. Y acaso por esto me atrae tan poco. Busco en los pueblos más bien individualidades que no masas, y el espíritu de hormiguero ó de colmena me es poco grato.

El mismo Gómez Carrillo nos dice que el Japón está «ávido de saber y celoso de no modificar su carácter, resuelto á adoptar las ciencias, pero conservando in-

ólumes las conciencias.»

Yamaota, en sus conferencias sobre el bushido, á que Gómez Carrillo llama la biblia moral, dice que para conocer el origen de ese sentimiento hay que remontarse al principio fundamental del budismo, á la impersonalidad de los seres contingentes, y este principio tiene que ser repugnante á un espíritu fraguado por veinte siglos de cristianismo occidental. El principio radical de la civilización occidental, en efecto, —y lo ha visto bien Benjamín Kid («Principles of the western civilization») —es el del valor absoluto del in-

dividuo, el de la persistencia de la conciencia individual, el de la inmortalidad del alma humana, en fin. Diganos lo que nos difieren la ciencia y la razón, el alma del occidental no se resignará á su completa desaparición; tiene sed de eternidad concreta y consciente. Y las más grandes tragedias íntimas—la de un Pascal, la de un Senancour, la de un Kierkegaard, la de un Nietzsche—vienen de la lucha entre el corazón, que les pedía eternidad individual, y la cabeza que se la negaba. Y de aquí proviene toda la tristeza contemporánea. Sobre todos nosotros pesan aquellas trágicas palabras de Pablo de Tarso, el apóstol de los gentiles: «Si Cristo no resucitó de entre los muertos, somos los más miserables de los hombres.»

Gómez Carrillo me brinda el capítulo de su obra en que trata del problema religioso, y al que llama «documentos japoneses», diciendo que su intención ha sido reunir documentos originales sobre ese asunto para que yo los comente. Voy, pues, á comentarlos.

Claro está que es difícil ponerse dos hombres de acuerdo respecto á lo que la religión sea y signifique. Hay quien tiene de ella una concepción política, otros ética, no pocos estética, algunos científica y muy pocos específicamente religiosa. La religión es, sin duda, un esfuerzo para dar un sentido trascendente—ético, estético ó lógico—al universo, y para nosotros los hombres la religión es siempre, querámoslo ó no, un esfuerzo para dar al universo todo una significación y una finalidad humanas. «P.—¿Para quién hizo Dios el mundo?» «R.—Para el hombre!» Esta sencilla y noble ingenuidad del catecismo católico es en el fondo la base de nuestros anhelos.

En el Japón parece que se encuentran y se remejen y reaccionan una sobre otra cuatro grandes religiones: el sintoísmo, el budismo, el confucionismo y el cristianismo. Para muchos pensadores sociólogos aquél es el campo de experimentación en que va á decidirse la eficacia espiritual y social de cada una de esas religiones y acaso el punto en que se fragüe un sincretismo de ellas, una fusión de que surja una nueva fórmula religiosa.

Los defensores entusiastas de cada una de esas religiones atribuyen á la virtud de su respectiva creencia los progresos del Japón y su rápido encumbramiento internacional. Y así, mientras no faltan quienes con una evidente precipitación y ligereza de juicio ven en la derrota de Rusia por el Japón una derrota del espíritu por no sé qué otro espíritu no cristiano ó anticristiano—como si el cristianismo tuviese la culpa de la deca-



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



dencia moscovita y á la falta de cristianismo hubiese que atribuir el espíritu japonés—otros hay que, con no menos precipitación ni con menor ligereza de juicio, quieren atribuir á la introducción del credo cristiano en el imperio japonés y á su evangelización parcial sus últimos triunfos. Una y otra cosa me parecen propias de sectarios, y por lo que hace á los segundos, olvidan lo de que el reino de Cristo no es de este mundo ni predicó Jesús para hacer pueblos que ganasen guerras, Dios sabe á costa de qué.

Lo que parece resultar en el Japón es que al ponerse en contacto varias religiones en el seno de un pueblo, tal vez indiferente á todas ellas y además curioso, se modifican mutuamente. Voy á pasar casi por alto lo que al sintoísmo, confucianismo y budismo se refiere.

Por lo que á estos dos últimos se refiere cabe siempre la duda de si son realmente religiones y no más bien filosofías de origen más ó menos religioso y tan ineficaces para el pueblo como la religión positivista de Augusto Comte, pongo por ejemplo. El confucianismo es una doctrina terriblemente sensata y lógica, de una pobreza de poesía que mete miedo y de una ética que espanta por su vulgaridad. No hay alma soñadora y delicada que pueda descansar en sus consejos trivialísimos. Y además no tiene casi nada de religión. No es más que una moral. A los occidentales nos deja fríos, y sospecho que si hay orientales á quienes no les deja también fríos, será porque lo estaban ya.

En cuanto al budismo no es, en el fondo, más que la desesperación resignada, y sospecho que su efecto es sujar á los pueblos en la indiferencia. Me parece una doctrina de almas decrépitas y cansadas. Nunca he podido saber á punto fijo qué es eso del «nirvana» y si ello representa ó no la sumersión en la absoluta inconsciencia, la vuelta á la nada de que sueñamos.

«Como yo creo—dice Shimada Saburo, citado por Gómez Carrillo—que, en definitiva, el camino del cielo debe ser único, no existe para mí duda que esas tres religiones—se refiere al confucianismo, budismo y cristianismo—llegarán á armonizarse.» También yo lo creo. Y, en efecto, lo propio de toda religión viva es apropiarse los materiales que otras le ofrecen asimilárselos y transformarlos. El cristianismo logró dominar al paganismo absorbiéndolo en sí, y no pocas cosas de que al cristianismo reprochan los neopaganos no son sino consecuencias de su paganización. Si los que se llaman á sí mismos anticristianos y repugnan el supuesto horror á la carne de la religión cristiana y su ascetismo se informarían libres de pasión y de prejuicios verían que esa tendencia entró en la iglesia desde Grecia más que desde Palestina, y que fueron los adoradores del cuerpo humano y de su belleza los que, vencidos por el hartazgo, dieron en despreciarlo.

«El Japón—añade Shimada Saburo—me parece el país más á propósito para realizar este acuerdo, por no ser los japoneses ni tan exclusivos como los cristianos de Europa, ni tan tercos como los confucionistas chinos». Y por su parte el pro-

fesor Ukito Wamin, profesor de historia patria en la universidad de Tokio, dice que «la religión del siglo XX será una fusión de las tres grandes religiones del mundo, el budismo, el confucionismo y el cristianismo». Y el profesor Ukito Wamin sigue diciendo otras cosas igualmente profesoras que Gómez Carrillo cita en su libro. Y de todo ello saco que esos señores profesores japoneses son tan profesores, quiero decir, tan acamejados, como sus colegas occidentales. Hablan de religión con el mismo tono con que un químico habla de los cuerpos simples, sin sentir amor ni odio al cloro, al bromo, al fósforo ó al molibdeno. Por debajo de todo ello se observa una falta de pasión que entristece.

Los japoneses, según el profesor—¡otro profesor!—Tsubuchi de la universidad libre de Tokio—sigue diciéndonos Carrillo—se asemejan mucho á los antiguos sofistas griegos. «Actualmente—añade éste—en el Japón es imposible abandonar el punto de vista intelectual de las cuestiones religiosas, pues en tanto que la religión tiene por objeto trabajar para la salvación general en las explicaciones de los dogmas hay que tener en cuenta los progresos científicos de nuestra época.» Yo no sé si los japoneses creerán ó no que la razón puede hacer la felicidad del linaje humano, pero por mi parte estoy convencido de que esta felicidad, que en el fondo no puede basarse más que en la esperanza, es como la esperanza misma en que se basa una cosa irracional. Lo cual no quiere decir que sea falsa ni que sea inasequible, sino solamente que no es la razón el único medio de relacionarnos con la verdad y que acaso las verdades que más nos interesan son verdades irracionales, indemostrables ó en oposición, tal vez, con la lógica.

Inserta luego el Sr. Gómez Carrillo en su libro unos conceptos del japonés Ebina—de éste no nos dice si es ó no profesor, aunque por lo que dice lo parece—gran propagandista del protestantismo, el cual nos dice respecto al cristianismo unas cuantas cosas que parecen tomadas de cualquiera de esos que entre nosotros se llaman por antonomasia librepensadores. Todos ellos me hacen el efecto de unos doctísimos doctores en medicina que están disertando gravemente respecto á la enfermedad de que se muere el paciente mientras éste se revuelve en congojas agudísimas y en el terror de la muerte que se le acerca.

Y á propósito de esto he de decir que conozco mucha gente que se admira de la tranquilidad con que ciertos individuos, en ciertos pueblos, reciben la muerte ó se la dan á sí mismos, y estiman superioridad de espíritu el que se abran el vientre sonriendo. Yo, por más que se me diga, veré siempre en ello un carácter de animalidad. El que un hombre tiemble más que otro ante la muerte sólo puede significar que la vida tiene para él más valor porque, en efecto, vale más. Los que han llegado á gustar las más profundas aguas de la existencia son los que más femen perderla. La prontitud y facilidad en hacer el sacrificio de la propia vida, no me parece en sí y por sí una superioridad ni mucho menos.

14



Cuando la guerra ruso-japonesa había no pocos europeos que se pasmaban de entusiasmo al leer el relato de aquellos

batallones japoneses que iban sonriendo á la muerte y yo me decía: eso puede ser, en efecto, admirable y sublime y puede ser, por el contrario, estúpido según el sentimiento que los guíe y sobre todo según las esperanzas que abriguen. Y como nadie supo ni ha sabido explicarme el estado de alma de aquellos soldados me he quedado sin saber si admirarlos ó compadecerlos. Porque toda esa retórica del patriotismo, el heroísmo, el amor al empujador, el sentimiento del deber ó el del honor, son cosas que, en mi desarraigable materialidad de esperanzas de extremo occidental no puedo sentir, aunque trate de comprenderlas. El famoso «bushido», por ejemplo, me produce el mismo efecto que á los místicos y ascetas cristianos les ha producido siempre el honor caballeresco.

En resolución, lo que todavía no he visto claro es qué es lo que un japonés del pueblo, un japonés sencillo y á la antigua, un japonés no estropeado por el intelectualismo científico y nacionalista de la vieja y cansada y escéptica Europa, piensa y siente respecto á su vida futura y al destino de su propia conciencia individual.

A los europeos de hoy les gusta poco dilucidar este punto. Le tienen miedo. Fingen compadecer á los pobrecitos que no podemos resignarnos al aniquilamiento, á los que vivimos atormentados por la sed de eternidad y se nos vienen con todo género de cantatas, argumentos y razones, como si no las supiéramos todas ellas de memoria. Y hasta han declarado de mal gusto el provocar este asunto. Lo que no quita que cuando se quedan á solas se angustien como cada hijo de vecino, ante esa consideración.

Me parece más noble y más franco, y sobre todo más humano, sacar afuera estas inquietudes y no fingir un valor, una resignación ó una indiferencia que en realidad no se poseen, aun á riesgo de ser blanco de las burlas de los espíritus fuertes.

Ya sé que esto es cosa de que dicen que no se debe hablar pues con ello se corta la digestión de los placeres, pero yo creo que un pueblo no puede, llegar á ser grande mientras no haya en él un número de almas escogidas torturadas por estas profundas y eternas torturas. Bien sé que no es la angustia metafísica una necesidad social para todos y cada uno de los hombres, pero dudo de la vitalidad espiritual de un pueblo donde apenas hay quienes se inquieten con esas grandes inquietudes. No concibo nada más terrible que un pueblo en que todos fuesen eso que aquí se llama libre-pensadores, adoradores de una ciencia que conocen mal y poco más que en sus aplicaciones y creyentes en la omnipotencia de la razón.

Al final del capítulo que Gómez Carrillo dedica á la miseria en el Japón, dice: «lo único que en realidad han imitado de Europa los japoneses es el arte de matar con ciencia y el arte de tener hambre». Y aun no están más que empezando. Y así como su europeización, siquiera externa, les ha traído, la miseria económica ¿no les traerá, al primer revés que sufran, la miseria espiritual, el desencanto, el sentimiento de la infinita vanidad del todo, para hablar con Leopardi?

«El miedo á la muerte—dice Carrillo—ese miedo que domina al occidente, no ha invadido aun al Japón». No, no es el miedo á la muerte lo que domina al occidente pseudocristiano, á esta cristiandad que, según la frase trágica de Kierkegaard, juega al cristianismo; no es el miedo á la muerte sino el miedo al más allá de la muerte, el miedo á la nada, el terror loco al aniquilamiento. Cuando se cree con fe sencilla en la otra vida no se tiene miedo á la muerte, antes bien se la busca. Los mártires corrían tras ella.

Y basta, no digan que quiero entristecerlos. Leed el libro de Carrillo y no os pasará tal cosa.

MIGUEL DE UNAMUNO.

18

19



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES